

# LAS BELLAS ARTES

Enrique Pérez Comendador

CUMPLO, señores académicos, el triste deber de decir adiós entre nosotros a Florentino Pérez-Embid, todavía reciente aquí su presencia física, grave o risueña según el momento.

Rememoro su personalidad siempre abierta y los rasgos más característicos de una humanidad rebotante

en impulsos elevados, traducidos, por su celo organizador y realista, en obras.

Cumplo este deber con emoción y cariño, pues si yo alguna vez discrepé de su hacer, quizá algo vivamente, es lo cierto, y lo digo en loa suya, que se me mostró en adelante más deferente y amigo. Quiero realzar con

Con el autor, en la celebración del primer centenario de la Academia Española de Bellas Artes, de Roma.





En la Real Academia de San Fernando.

esto aquella cualidad, tan andaluza, de su espíritu que se inclinaba más a la magnanimidad del señorío que a los personalismos estériles.

Ello afirma su entrega —que un alto concepto de la amistad le dictaba— a los que, aun no estando en su línea, eran sus amigos. Y tuvo muchos.

Todos hemos visto cómo en los días sucesivos a su óbito esta cualidad de Florentino era unánimemente reconocida y exaltada por cuantos en la prensa han comentado su muerte.

No menos unánimemente, al llorarle, se ha puesto en primer plano su bondad. Florentino fue bueno en el fondo de su alma. Él decía con frecuencia: «Qué difícil es ser bueno.» Sí, sabemos que en nuestro mundo corrupto y corrosivo, con la moral en quiebra, la bondad es cualidad humana casi heroica, importante y alta para nosotros más que las del talento o la inteligencia, que también él poseyó en grado eminente.

Más sobre la bondad estaba su corazón, a impulsos del cual se movía; más allá de cualquier otra cosa él fue un hombre apasionado; apasionado en el amar, en el hacer y también en la hostilidad.

Recordad cómo sus brazos se abrían mientras con-

versaba. Era su corazón que amaba la vida, los amigos, el arte, la Historia, la cultura. Bromeaba y parecía tomar las cosas ligeramente. Pero no, aquello era un velo que cubría la hondura de sus sentimientos, su afán de obrar, de llevarlo todo a término.

Quizá su apasionamiento amistoso u hostil, hizo que se le discutiera, mas sus paisanos de la serranía de Aracena, o de Sevilla; los que fueron sus compañeros de estudios o de cátedra; cuantos le trataron en su incesante impulso propulsor de publicaciones y de cultura; los que fueron más colaboradores amigos que subordinados; los que discreparon de él o de sus criterios, todos hablan de su personalidad y del hombre consciente y responsable que sabía escuchar, estudiar los problemas o asuntos, enfocándolos con amplitud, reflexionar rápidamente y tomar decisiones.

No, no dejaba dormir nada en los vericuetos de la burocracia; quíerele decir que, sujeto a los humanos yerros, fue un hombre eficiente.

Persona era de arraigada fe y hondamente religioso, aunque por su andalucismo irónico y dicharachero equivocadamente pudiera sospecharse lo contrario.

Sí, él se ufana de ser andaluz, sevillano. Nacido

en Aracena, enamorado de Sevilla, sus vínculos con la tierra natal eran notorios y puede ello apreciarse en uno de sus libros de mayor sentimiento poético, *Paisajes de la tierra y del alma*. Historiador, consciente de que la sierra de Aracena es la sierra de Sevilla, se proclamaba sevillano por la fuerza de la geografía, de la Historia y... «por mi libre elección», decía.

Nacido en casa vecina a la que fuera cátedra de latinidad fundada por Arias Montano, la figura del gran teólogo renacentista le atrajo desde su niñez y sin duda le indujo a la espiritualidad y al estudio de la Historia, despertando su gran vocación por la cultura hasta llegar a ser un propulsor de la misma.

Su labor científica, sus numerosas obras y publicaciones lo atestiguan. Dirigió e incrementó la revista «Arbor», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; fundó, siendo presidente del Ateneo, la revista del mismo nombre. Dirigió u orientó Ediciones Rialp y varias enciclopedias españolas colaborando en ellas, y asimismo en revistas de pensamiento extranjeras y en otras nacionales. Son numerosos los artículos político-culturales aparecidos en «ABC». Y como es notorio fue durante cinco años rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, cuyos cursos de Arte dirige Camón Aznar con tanta amplitud y acierto.

Hemos de referirnos, señores, al prestigioso Laboratorio de Arte de la Universidad Hispalense, sabiamente, ilusionadamente dirigido por Hernández Díaz. En aquella extraordinaria institución, donde se estudia e investiga, más con devoción y amor que con el disfrute de ayudas y subvenciones, fue estudiante brillantísimo Florentino Pérez-Embíd. Obtuvo los más altos premio y beca, que dieron como primer resultado la preparación y publicación por el mismo laboratorio de su libro sobre *El mudejarismo en la arquitectura portuguesa de la época manuelina*, libro al que más tarde le fue otorgado el Premio Camoens.

Fueron maestros de Florentino Diego Angulo y José Hernández Díaz, y era de ver cómo los respetó y estimó en todo momento y circunstancia; cierto que ellos son maestros también en este comportamiento.

Terminada la carrera, vuelto Florentino de luchar como soldado por sus principios y por su fe, toman auge en Sevilla y se fomentan los estudios americanistas. Diego Angulo regentaba una cátedra de Historia del Arte Hispano Americano y quizá al influjo de quien Florentino consideraba como «una lección viva de serena dedicación a la ciencia y a los métodos», hiciera derivar su afán investigador hacia aquella disciplina americanista. Volcado a ella, tras un estudio sobre *El Almirantazgo de Castilla hasta las capitulaciones de Santa Fe*, se apasiona desde entonces por la Historia de los Descubrimientos Geográficos, y viene a ser catedrático y maestro singular de esta materia en la Universidad Complutense.

No obstante, por su formación e innata afición a las Bellas Artes, continuó publicando estudios de temas artísticos, entre ellos *La portada manuelina de Almonáster la Real*, *Construcciones militares del Rey Amat*, y aun trabajos sobre artistas contemporáneos.

Dos grupos escultóricos muy importantes de Pedro Millán, *Cristo varón de dolores* y *Entierro de Cristo*, barro cocido policromados —piezas extraordinariamente difíciles de lograr por sus dimensiones y complicación técnica para ejecutarlas— de la catedral hispalense, donde los vio Ceán Bermúdez, pasaron incomprensiblemente a la iglesia del pueblo de El Garrobo. Descubiertos allí por el bien recordado don Francisco Murillo, fueron expuestos. Yo los estudié hasta tratar de asimilar su pura emoción, carente de grandilocuencia y su encanto que está más en el sentimiento que en el gesto. Ambos grupos, hitos en la escultura sevillana de la época, tras muchos años de infructuosas gestiones, entraron en el Museo de Sevilla gracias al interés y a la resolución de Pérez-Embíd, siendo director general de Bellas Artes.

Del mismo modo, gracias a él, luce hoy en aquel museo el cuadro de Velázquez *La imposición de la casulla a san Ildefonso*, un *Calvario* de Lucas Cranach y otras muchas obras de pintura y escultura.

El *Retrato ecuestre del duque de Lerma*, de Rubens, y el *Jovellanos*, de Goya, están hoy en el Prado por la eficacia resolutoria de Pérez-Embíd.

El Museo Arqueológico de Sevilla vino a ser durante su mandato un museo ejemplar dentro y fuera de España. Y lo mismo puede decirse del de Artes Populares, de nueva creación.

El sin par edificio y claustros que contiene el magno museo sevillano de Bellas Artes fue ampliamente restaurado, enriquecido y reinstalado por el impulso de Florentino, mas en su nueva ordenación e instalación bajo la dirección de González Robles no todo fueron errores, gracias a la vigilancia esforzada y competente de Hernández Díaz.

Mencionemos también lo hecho en la gran cripta y la antigua iglesia de la que fue Universidad de Sevilla, que conserva numerosos monumentos y obras de arte mejor expuestos ahora y que ha venido a ser una filial del museo.

Asimismo impulsó Florentino la restauración de la famosa casa de los Pinelos en el barrio de Santa Cruz para sede de las academias sevillanas.

Igualmente incrementó las excavaciones en Itálica, haciendo respetar sus ruinas y el ámbito de las mismas, adquiriendo fincas y terrenos para continuar las excavaciones, descubriéndose un magnífico teatro cuyos hermosos mármoles, que hemos admirado, envidiarían las ruinas de otros teatros romanos famosos. Y en el recinto de Itálica hizo construir un pequeño museo, obra de Rafael Manzano, el que a modo del de Ostia Antica recoge buena parte de los hallazgos y

está flanqueado por dos hermosas cabezas bronceas de Trajano y Adriano, reproducidas y restauradas por mí en Roma, bajo los auspicios de Florentino.

Mas la dedicación apasionada en los últimos años de su vida a la conservación y acrecentamiento del patrimonio histórico artístico no se limitó a Sevilla. En Cáceres —que, como Sevilla, le otorgó la Medalla de la Ciudad—, Toledo, Lugo, Santiago de Compostela, Ávila, Mérida y otras ciudades históricas, dejó también huellas de su paso por la Dirección General de Bellas Artes, desde la que además entonces se simultanearon las exposiciones de Arte Antiguo con las de Arte Moderno, los conciertos y festivales musicales y las manifestaciones artísticas más a la moda. Para éstas emprendió la construcción de un museo en la Ciudad Universitaria de Madrid, y abierto al público, aunque sin apenas visitantes, está desde hace tiempo el Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla.

Finalmente, quiero dejar constancia de que durante la celebración del Primer Centenario de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, cuando por otro lado yo encontraba dificultades, Florentino, a más de patrocinar y facilitar no con promesas sino con resolución y derecho, sostuvo nuestro esfuerzo y, allí, en Roma, estuvo presente con Ramón Falcón, fiel y eficaz colaborador suyo durante cinco años. Ellos nos dieron aliento ante la indiferencia o incomprensión, si

se quiere, de otros obligados a allanar el camino. Allí pudimos observar cómo Florentino se complacía en recorrer una y otra vez la exposición centenaria, estudiando cada cuadro o escultura. «Tenemos que poner en valor la obra de los artistas que han pasado por esta Academia», decía. «Repetiremos esta exposición más completa y ampliamente en Madrid, y será un acontecimiento que sorprenderá a muchos que no aprecian o no conocen el saber y la alta formación que con la estancia de varios años en la institución romana se logra.» Dios no quiso que pudiera realizar tan noble propósito. Realicémoslo nosotros.

Florentino sirvió con ilusión, sin vacilaciones, y en ello consumió la vida, sus ideales religiosos, culturales y renovadores, políticos e histórico-artísticos y no cejaba en su esfuerzo, pese a estar en los últimos tiempos herido de muerte, pues, hombre idealista, no abandonó el campo mientras tuvo aliento.

Por cómo luchó y se comportó, Dios quiera premiarle con la corona de la justicia, que, generoso, transmitirá a sus amigos, por los que ya, sin duda, está abogando.

(Discurso leído en la sesión necrológica celebrada en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, el 13 de enero de 1975.)

Exposición de los impresionistas franceses. 1 abril 1971.

